

## RINCÓN DEL ARTE

# Plantas y flores

**A. Rodríguez-Pichardo**

Departamento de Dermatología. Hospital Universitario Virgen Macarena. Sevilla. España.

Mi afición por las plantas es anterior a la de la pintura, y ambas están relacionadas en la memoria de mi niñez; ya con 4-5 años recuerdo haber hecho una poda incontrolada y a destiempo de unos fantásticos geranios en el patio de mi casa, y que mi madre cuidaba con esmero. Aquello me ocasionó una gran riña, pero me indicó el camino a seguir, ¡desde entonces he sido jardinero! En el colegio tuve la gran suerte de que el Padre Román nos diera clases de Ciencias Naturales, nada menos que en el cercano Parque de María Luisa. Por supuesto que con esos antecedentes lo normal es que me gustaran las plantas y las flores, pero siempre implicándome en su cuidado y su cultivo. Desde hace unos años tengo en una zona privilegiada para las plantas, el Aljarafe, una casa con jardín y una pequeña huerta; realmente lo que nos animó a comprarla es que ya tenía un jardín frondoso y con bastantes árboles. La estancia en «Jacarandá» –no podía llamarse de otra manera–, me proporciona las mejores horas de la semana: sembrando, podando, trasplantando, regando, curando plagas, quitando malas yerbas, abonando... Un jardín tiene siempre trabajo y si encima te empeñas en tener algún tipo de flor en cada época del año, aún más. Desde principios de febrero comienzan a florecer las calas (*zantedeschia althiopica*), después de haberlo hecho el almendro, el nectarino y los prunos (*prunus subhirtella*), siguiéndole poco más tarde las fre-sias (*freesia refracta*) y los lirios; todo ello anuncia la primavera. Esta época es ya una continua producción de otras flores, entre ellas las clivias (*clivia minata*), tan abundantes en los patios sevillanos coincidiendo con la Semana Santa. La primavera es la estación más esplendorosa en un jardín: florecen celindas, agapantos (*agapanthus umbellatus*), rosales, geranios, gitanillas, petunias, claveles, pelargonios, hortensias, margaritas y toda la gama de colores de las buganvillas. En el verano el jardín adquiere más color con las cinias (*zinnias*), los claveles del moro (*tagetes erecta*) o las vincas, y es la estación en la que el jardín despierta otro sentido, el olor, con los jazmines y el empalagoso de la dama de noche o galán de noche.

¿Qué enseña un jardín a un dermatólogo? Creo que lo principal es a tener paciencia, algo primordial para tratar a nuestros pacientes a veces el conseguir aclimatar una planta y que llegue a florecer puede ser tan difícil como el con-

trolar un brote de dermatitis atópica. Las plantas dan muchas satisfacciones, sobre todo cuando vemos cómo hemos conseguido unas flores fantásticas, de algo que unas semanas antes eran solo semillas, esquejes o pequeños plantones. Sin embargo la dermatología y, sobre todo, esa terrible afición que tenemos de ir a una reunión o a un congreso cada semana colisiona claramente con los ciclos de la naturaleza, que no esperan; así, cada época tiene una labor en el jardín, como la poda, hacer sementeras y trasplantar a arriates o macetas las nuevas plantas, aunque desgraciadamente estas épocas coinciden con la asistencia a un congreso, y hasta ahora siempre gana la dermatología. Sin embargo, acudir a reuniones científicas también puede dar lugar para visitar algún famoso jardín (fig. 1), tienda especializada en semillas o bulbos y hasta algún jardín botánico. Un jardín enseña también a contemplar matices de colores, algo importante en nuestra especialidad, pues no hay que olvidar que la dermatología es una disciplina visual.

¿Qué satisfacción saco de algo tan poco lucrativo? El goce estético de contemplar un jardín en flor, y que uno mismo ha cuidado, es inmenso. Sabes que esas plantas son únicas y conoces todos sus secretos. Los olores, los matices de colores, las formas, ¡son tus plantas! y no las cambiarías por nada; aunque miento, ya que los jardineros somos un poco envidiosos, y cuando uno va a tierras más propicias para determinadas plantas le gustaría quedarse a vivir allí, y como eso no puede ser se trae semillas para intentar criar esa extraña planta, en la mayoría de las ocasiones con malos resultados.



Figura 1. Jardines de la Villa d'Este en Tívoli.

Correspondencia:  
Antonio Rodríguez Pichardo.  
arodriguezpi@aedv.es

En definitiva, teniendo un jardín en Andalucía (fig. 2) entiendes que otros pueblos que vivieron anteriormente en la Península lo añoren, e incluso que en algunas religiones sea el paraíso soñado.

## Y el corazón se le pierde...

*God Almighty first planted a garden.  
And, indeed, it is the purest of human pleasures.*

«Dios todopoderoso plantó el primer jardín.  
Y éste es, en verdad, el más puro de los placeres humanos».

FRANCIS BACON

El ser humano ¿es bueno o malo por naturaleza? Difícil pregunta a la que se enfrentaron Confucio, Rousseau, Heidelberg y el determinismo genético, por mencionar algunos de los protagonistas que optaron por defender lo uno o lo otro. Si nacemos buenos y nos hacemos malos, o si nacemos malos y nos hacemos buenos, es un oscuro objeto de controversia que todavía no se ha llegado a resolver definitivamente.

Pero sin polémicas sofistas, sin necesidad de aquilatar cuál es el sexo de los ángeles, en lo que la mayoría de los filósofos, psicólogos, terapeutas, carceleros, educadores, políticos, amas de casa y gente de bien están de acuerdo es en que una persona aficionada a las plantas no puede ser mala.

Así que, si eso es cierto —y lo parece— ya tenemos a nuestro Antonio Rodríguez Pichardo clasificado como «buena persona».

Y creo que coincide con la realidad.

A menudo las personas somos crípticas para nuestros semejantes. Damos a conocer nuestra imagen exterior, pero guardamos celosamente los arcanos de nuestro espíritu. Nuestro jardín secreto. Sólo en ocasiones somos capaces de, en un arranque de intimidad, abrirnos al mundo y dejar que broten las palabras que nos retratan. Y hoy tenemos la suerte de conocer mejor a un dermatólogo que sabe cuidar con esmero y eficiencia la piel de los hombres y la piel de la tierra. Piel con piel.

Su afición por las flores y la huerta, su gusto por los jardines y sus frutos, su laboriosidad indiscriminada frente a las calas y los lirios o las judías verdes y los tomates de secano se acerca justicieramente al arte. Hacer que una planta nazca, crezca, se reproduzca, invada de luz y color los rincones más inhóspitos, los ambientes más solitarios, los espacios más monótonos, es una gran obra de arte. Combinar la tonalidad con la forma, la estructura con el continente, la vida con la aridez, el aroma de la rosa con el de la



Figura 2. Rincón del jardín del autor en primavera: begonias, clivias y azaleas.

hierbabuena, puede requerir el virtuosismo de un genio. El jardinero se convierte casi en un pequeño Dios doméstico de una mitología familiar tan intemporal como transitoria.

El arte floral de este dermatólogo es a la vez romántico y erudito. Una conjunción llena de encanto. La humildad de la madre naturaleza —que diría San Francisco de Asís— se contagia a su cuidador. Paciencia, templanza, generosidad... son virtudes propias del jardinero y de Antonio.

En las tardes de nostalgia, tal vez musite poemas de Juan Ramón Jiménez, mientras mira su vergel, la obra de sus manos:

*Y el corazón se le pierde,  
doliente y embalsamado,  
en la madre selva verde...  
Y el corazón se le pierde...*

Pero lo que son las cosas. A mí, que amo la belleza, que la busco y me enamora; a mí que soy capaz de estremecerme con una poesía, que puedo llorar delante de un cuadro; a mí que se me pone la carne de gallina con una melancólica escena de amor cinematográfica, a mí... ¡se me mueren las plantas!

Y es que, como decía Billy Wilder: *nobody is perfect*.

Tendré que aceptar mi limitación, resignarme, y esperar a que nuestro dermatólogo-jardinero de hoy, Antonio, me invite a su paraíso del Aljarafe.

¿No creen?

A. GUERRA